

Fiona REID: *Medicine in First World War Europe: Soldiers, Medics, Pacifists*, New York-London, Bloomsbury, 2017, 263 pp. ISBN: 9781472510020

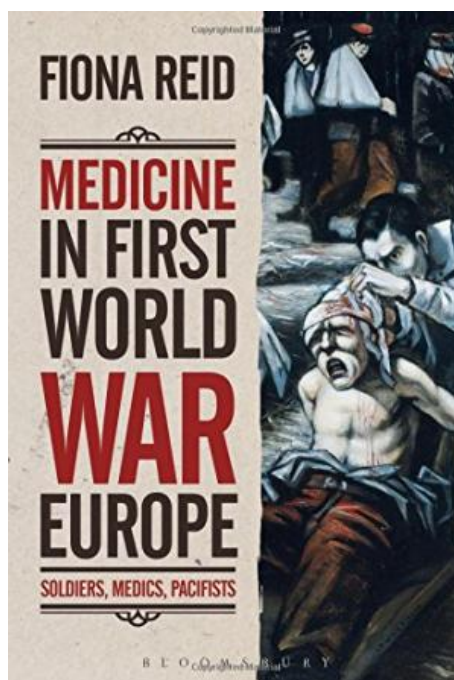
Pablo Aguirre Herráinz  
Universidad de Zaragoza

### La Gran Guerra moderna de la medicina: cuando curar ayudaba a matar

Coincidiendo con la recta final del centenario de la Primera Guerra Mundial, la historiadora inglesa Fiona Reid propone una sugerente aproximación a la contienda de 1914-1918 desde el punto de vista de la medicina. El subtítulo del libro, *Soldiers, Medics, Pacifists*, sugiere ya que esta no es una historia al uso sobre la práctica médica del momento, sus progresos técnicos o científicos. Antes bien, la obra analiza ante todo las densas contradicciones que se orquestaron en torno a la disciplina galénica una vez fue llamada a las armas: el ideal hipocrático (de inclinación pacifista) frente a la exigencia patriótica, el trato entre la oficialidad médica y la tropa, y la relación del soldado con la patología propia de una guerra industrial sin precedentes.

Estos son, en líneas generales, los pilares sustentantes sobre los que la autora trata de elaborar – en sus propias palabras–, «a social and emotional history of men at war» (pág. 18). El resultado, exitoso en su conjunto, se alcanza no obstante con ciertas renunciaciones temáticas que llaman la atención. Estas ausencias generan una leve sensación de insuficiencia, aunque en esta impresión influye también la brillantez de determinados pasajes que dejan al lector con apetencia de saber más en torno a la Gran Guerra moderna de la medicina.

*Medicine in First World Wars* es un libro escrito en inglés a partir de un amplio abanico de fuentes bibliográficas, archivísticas y autobiográficas, también en inglés, pensadas para ser leídas por un público, académico o no, angloparlante.<sup>829</sup> Por todo ello, y sin ir en detrimento de los restantes méritos de la obra, huelga aclarar que se encasilla, como la abrumadora mayoría de la bibliografía existente sobre la guerra, dentro de un prisma eminentemente anglocéntrico. Se hacen no obstante concesiones. Como quiera que el desarrollo de la intervención militar británica de 1914 estuvo inextricablemente unida a la geografía y a la maquinaria bélica francesa, y dado que el enemigo inmediato a combatir era Alemania, el elemento franco-germano está también presente en el libro para dotar al conjunto de una mínima integri-



<sup>829</sup> Hay que decir eso sí que las fuentes empleadas son abundantes y, sobre todo, variadas. La presencia de traducciones francesas o alemanas, especialmente en lo que a diarios de campaña se refiere (Henri Barbusse, Ernst Jünger, etc.), enriquecen sin lugar a dudas la perspectiva del trabajo.

dad territorial (el frente occidental) y permitir la comparación esporádica de contextos y ca-suísticas nacionales.

El libro se estructura en torno a cinco capítulos y un falso capítulo final que funciona más bien como breve epílogo. La composición temática es circular, comienza planteando la controvertida relación que existe entre el progreso médico y la experiencia bélica y a partir de ahí introduce de forma pormenorizada la problemática específica que se da en el caso de la Primera Guerra Mundial. Para ello aborda aspectos que se irán rescatando en los últimos compases del libro y que tienen que ver con los dilemas que la contienda planteó a los estados beligerantes y a sus ciudadanos (o súbditos).

Este hilo narrativo es intermitente, eso sí, porque aunque el capítulo segundo parece seguir la línea introductoria inaugurada por su predecesor –confrontando las estructuras de asistencia médica de cada bando– el núcleo central del trabajo funciona más bien por compartimentos estancos. Así, el capítulo tercero trata sobre las «heridas icónicas» de la Gran Guerra (los heridos por gas, *Shell Shock* y los desfigurados por la metralla),<sup>830</sup> mientras que el cuarto, bastante particular en su planteamiento, explora el modo en el que los soldados lidiaban con el dolor y la ansiedad que se derivaba de la exposición continua al combate: cómo percibían la posibilidad de ser heridos, si se auto-medicaban, y cómo (drogas, remedios caseros, etc.).

El trabajo de Fiona Reid culmina de forma innovadora a través de un estudio de caso sobre la paradójica participación militar de una de las secciones más heterodoxas, y no por casualidad juveniles, de los cuáqueros: la *Friends Ambulance Unit* (FAU), una misión humanitaria inglesa no exactamente militarizada pero sí encuadrada en la maquinaria disciplinaria castrense, que funcionó *de facto* como unidad francesa al comienzo de la guerra, hasta terminar siendo una pieza relevante del engranaje sanitario aliado. Este estudio, que prácticamente pone fin al libro, ejemplifica todas las contradicciones presentadas por Reid en las páginas precedentes y refuta las tesis principales de un trabajo que se cierra de forma satisfactoria aunque, posiblemente también, precipitada.

Centrándonos ahora en dichas tesis y entrando a valorar su impacto historiográfico, en *Medicine in First World War Europe* se pueden distinguir hasta tres grandes cuestiones: el sometimiento de la medicina moderna a los grandes dictámenes marcados por los intereses particulares de cada Estado-nación; la división sexuada entre el ejercicio del cuidado y de la violencia, así como sus consecuencias sobre la opinión pública y la moral individual; y el protagonismo limitado de un individuo (soldado, médico, pacifista, como reza el título) que, viéndose subsumido en un clima general de movilización y exaltación patriótica, termina por imitarlo o en todo caso minimizarlo, pero sin enfrentarse a él de manera directa.

Con respecto a la primera cuestión, la obra de Fiona Reid se posiciona de forma deliberadamente ingenua, pues ingenua fue –desde nuestro punto de vista e incluso desde el de algunos de los coetáneos de la época– la convicción de que el nuevo siglo XX terminaría de alzar a Europa hacia la cumbre del progreso y la civilización. ¿Podía pedirse a la medicina de la época que abandonara su vocación humanitaria, su proyección racional, y su naturaleza hipocrática? Sin lugar a dudas se podía, sí, como demuestra la autora al describir la manera en

<sup>830</sup> No es casualidad que la autora se detenga más en el segundo supuesto, puesto que con anterioridad a este libro publicó otro específicamente versado sobre dicho síndrome: *Broken Men: Shell Shock, Treatment And Recovery In Britain 1914-30*, London, Continuum, 2010.

la que la profesión médica se militarizó e industrializó en cuestión de meses, abandonado toda pretensión de internacionalismo.<sup>831</sup>

Los médicos, como cualquier otro trabajador especializado o común, fueron soldados antes que cualquier otra cosa, porque ya en tiempos de paz habían sido socializados como elementos integrantes de una comunidad nacional. Ante la llamada de la Patria cualquier otra identidad no nacional se demostró secundaria y, en todo caso complementaria. Así, un médico movilizado debía ajustar su código deontológico a las exigencias del ejército, renunciando por ejemplo al secreto profesional entre paciente y doctor. Por tanto, aunque la contribución militar de este cuerpo médico era aparentemente incruenta (el personal sanitario, como norma general, no utilizaba ni portaba armas), tampoco podía ser definida como pacifista. La prioridad del personal sanitario no era solo la de curar a los soldados heridos, sino la de contribuir a devolverlos al frente e incluso, como oficiales, la de ejercer un papel disciplinador, señalando quién era apto y quién no para ser excusado del combate. La ciencia curativa, empero, se supeditaba a la militar, reparando aquellas vidas que debían volver a la trinchera hasta eliminar al contrario o causar baja definitiva.

En lo que se refiere al reparto sexuado entre cuidado y violencia, la obra explota con acierto el papel que jugó en la contienda el ideal de una masculinidad fuerte y unidireccional. Cualidades asociadas al hombre como el arrojo y el coraje colisionaban a principios de siglo con todo tipo de planteamientos pacifistas o simplemente críticos con el nacionalismo expansionista; mientras que en el campo de la medicina estas cualidades determinaron que el varón en todo caso debía desempeñar una posición de poder y responsabilidad (la del médico), frente al trabajo subalterno del asistente, claramente feminizado (enfermera). Esta presión causada por la masculinidad hegemónica también sale a la luz en los momentos de mayor debilidad física o mental. La incompreensión ante las llamadas «heridas mentales» (estrés postraumático, neurastenia y trastornos neurológicos), la existencia de un tipo de «convalecencia heroica» y otra «degradante», o la sencilla asunción de que el soldado debía saber sufrir y morir no solo por su Patria, sino por su condición de hombre, son solo algunos ejemplos de los que ofrece el libro.

*Medicine in First World War Europe* también realiza una aportación valiosa dentro del gran debate sobre la «cultura de guerra» de 1914, que en última instancia propició el desarrollo de un conflicto que se prolongó durante más de cuatro años, donde uno de cada tres soldados resultó herido y uno de cada ocho muerto (pág. 30). Este debate, nacido en Francia pero exportado a Gran Bretaña, se planteó ya desde los años setenta y a día de hoy cuestiona si la Primera Guerra Mundial no fue recibida entre la población con una mezcla de entusiasmo y resignación contagiosas.<sup>832</sup> Las fuerzas combatientes, lo mismo que las respectivas retaguardias civiles, buscaron en todo caso evitar las imposiciones más duras de la contienda. Si se embarcaron en motines o huelgas lo hicieron para exigir a sus estados que corrigiesen ciertos

<sup>831</sup> Como hizo parte del movimiento obrero y de la intelectualidad del momento. A este respecto debemos considerar que incluso la Cruz Roja funcionaba bajo un encuadre nacional y, por lo tanto, escasamente neutral (págs. 150-162).

<sup>832</sup> En ocasiones se usan otros términos, pero todos giran en torno a una idea de convicción y coacción entremezcladas. Pierre PURSEIGLE, "A very French debate: the 1914-1918 War Culture", *Journal of War & Culture Studies*, 1:1 (2007), pp. 9-14; y Leonard V. SMITH: "The «Culture de Guerre» and French Historiography of the Great War of 1914-1918", *History Compass*, 5:6 (2007), pp. 1967-1979.

excesos o mejoras en determinadas condiciones, y no para protestar contra el hecho bélico en sí mismo (siendo la Rusia zarista la excepción que confirma la norma).

Frente a este panorama historiográfico el trabajo que tenemos entre manos permite explorar, especialmente a través del estudio de caso ya comentado, cómo el pacifismo religioso o humanitario se adaptó al conflicto, y más allá de ello, cómo el soldado de a pie trató de equilibrar su fervor patriótico y su rol de género con el deseo de auto-preservación inherente al ser humano. Estas coordenadas, abonadas para la contradicción, generaron figuras como el pacifista médico de la FAU, que terminó siendo soldado a efectos prácticos; o el soldado veterano que sin ser pacifista o médico se autolesionaba o medicaba bajo la aprobación de sus iguales, para permanecer lejos del combate; o también, por qué no, el sanitario que vivía su trabajo como una aportación directa al combate, pero se congratulaba de atender a los prisioneros heridos o protestaba porque el uso de gases tóxicos iba en contra de su ideal de «guerra justa».

Llegados a este punto hay que señalar que el trabajo de Fiona Reid arrastra un defecto muy frecuente en el campo de la investigación académica y documental: en ocasiones es irregular en profundidad y en términos generales se queda corto en extensión. Aunque el libro recoge el papel del médico como oficial y como fuente de disciplina militar está muy lejos de enfocar el problema de la judicialización de la práctica médica durante la Primera Guerra Mundial, el papel que jugaron los doctores a la hora de plantear atenuantes psicológicos (o bien agravantes) en los consejos de guerra a supuestos desertores conmocionados por la batalla;<sup>833</sup> o bien la cuestión de la posible depuración de personal sanitario excesivamente lenitivo con sus pacientes. Otra cuestión que se echa en falta, y que hubiera merecido un capítulo *in extenso* (en el libro solo ocupa una docena de páginas), es una aproximación más especializada hacia la sintomatología y farmacopea habitual en el periodo, así como un sucinto repaso a la evaluación de los protocolos y técnicas sanitarias.

Hubiera sido deseable, asimismo, conceder más atención al papel que la constante presencia de la muerte pudo tener sobre la comprensión trascendental de la propia existencia, o bien un acercamiento más detallado al universo femenino dentro del organigrama sanitario y, en concreto, una lectura crítica sobre el modo en que las mujeres se relacionaban con la violencia que las rodeaba y de la que estaban socialmente excluidas.<sup>834</sup> Consideraciones estas que si bien pueden parecer secundarias e incluso lejanas con respecto al núcleo temático de la obra, resultan necesarias a la hora de ofrecer un guión más comprensivo y progresivo. De ahí que la fluidez en la lectura se vea algo trastocada al parecer que se realizan saltos entre compartimentos estancos.

Nada de esto debe hacer perder de vista que *Medicine in First World War Europe* es un libro cabal escrito con estilo y frescura. La autora establece muy pronto complicidad con el lector al plantearse preguntas como: «¿es la guerra positiva para la medicina?», respondiendo de forma aguda, «war might have been better for medicine (and for unscrupulous doctors) than it was for men» (pág. 10). Otros aspectos como la frugal pero acertada incorporación de

<sup>833</sup> Un tema que ha sido estudiado para el caso de la psiquiatría, por ejemplo (Francisco VEIGA y Pablo MARTÍN, *Las guerras de la Gran Guerra, 1914-1923*, Madrid, Catarata, 2014), y que está presente en clásicos del cine como *King & Country* (1964).

<sup>834</sup> Se mencionan estos campos de estudio porque están íntimamente conectados con obras de referencia que Fiona Reid conoce y cita en su trabajo, como Paul FUSELL: *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Madrid, Turner, 2016, y Joanna BOURKE: *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2009.

tablas e imágenes, la sensibilidad narrativa de determinados pasajes («Personal journeys», pp. 65-68), o la impronta de una literatura elegante pero accesible para un amplio público, no pueden ser tampoco pasados por alto.

En suma, este libro tal vez no responda a las exigencias de aquel lector que desee obtener un detalle exhaustivo sobre la profesión médica durante la guerra de 1914-1918, pero desde el punto de vista de la interpretación histórica responde sobradamente a las expectativas de la profesión, y lo hace no solo por presentar resultados investigadores y reflexionar sobre ellos, sino por conectar debates y audiencias de forma rigurosa y amena. Una mezcla de historia social, militar –por alusiones– y «de las emociones» (en un sentido historiográfico tal vez más anglosajón que español), con el que conocer mejor las terribles realidades de un conflicto europeo del que podemos considerarnos, cada uno con el énfasis que prefiera, nietos y nietas.